Siempre ha estado ahí, Séneca, aquí, debajo de lo que escribimos, a modo de palimpsesto, como dice María Zambrano[1], sosteniendo nuestras letras, dando cauce al pensamiento. Séneca, el filósofo. Ha estado también como pasión política. Séneca, el intelectual. Y como pasión literaria. Séneca, el dramaturgo. Pensamiento, política y escritura. A tales conjunciones solemos llamar «crítica». Pero conocemos el mito platónico. Lo recordamos. Recordamos cómo el divino Theuth fue presentando sus inventos al regio Thamus. Cuando llegó el turno de la escritura, el dios dijo: «he aquí un remedio para la memoria, un fármaco que aumentará la sabiduría de tus súbditos». A lo que el rey egipcio contestó: «veneno para la memoria o una forma de producir olvido es lo que has inventado; porque los hombres, confiando el pensamiento a la escritura, dejarán de pensar, y acabarán viendo solo señales donde antes leían signos»[2]. La escritura nace así como catástrofe del pensamiento. ¿Para qué escribir? Escribir con pretensiones... políticas. La crítica, en tanto que producción de enunciados verdaderos a partir de un discurso que a la postre se revela «inconsistente», solo puede tener efectos políticos allí donde el discurso tiene un [I]

protagonismo. ¿Qué hacer en el mundo de la imagen? Escribir algo que hable por sí mismo es, sin embargo, el único empeño del verdadero filósofo. Aunque es cierto que con el paso de los años crece la tentación autobiográfica. Pasión política frustrada, imposible de colmar bajo un imperio. Séneca, entonces, como moralista. Como contumacia también. Escritor de consolaciones y sátiras, tutor, consejero, médico del alma, paladín del deber. Séneca, al final, como la máxima autoexigencia; mas no por su suicidio físico, que fue inducido, sino por ser el moralista que termina escribiendo una Física, suicidándose en ella. Séneca contemporáneo, cercano, inmediato, muy lejano por tanto del mundo de los sabios que la filosofía añora, pero con un sentido del olfato fuera de lo común, intuitivo y muy certero escrutador. Desde su proximidad, Séneca apunta hacia Heráclito[3]; al λόγος apunta la *ratio*. Una Física heredera de Aristóteles[4], por supuesto, pero que mira hacia el oscuro. Nuestro horizonte de acontecimientos, dice la teoría especial de la relatividad, lo marca la velocidad de la luz. Tal teoría hace relativos espacio y tiempo a costa de convertir dicha velocidad en algo absoluto. Todo lo gobierna el rayo, dijo el sabio efesio. ¿Parménides le contradijo? Todo es contradicción. También quedó dicho. Contradicción que no es mera lucha de contrarios sino diferencia, desajuste, antagonismo «a su manera», discordia, guerra o lucha verdadera. Y es esta la que, al parecer, hay que comprender desde el principio. Comprenderla es saber que la lucha nos produce y nos transforma. La lucha tiene su propio lenguaje, que no es el nuestro, ni el lenguaje de nadie, por ser el de todos. Y el lenguaje de la lucha es precisamente la Física o, en general, la descripción estricta. Física es la Astronomía, la Geología, la Biología, la Sociología; pero también es Física la Lógica, que es la descripción estricta de lo que es en tanto que es, de los antagonismos esenciales; y la

VITORES_Seneca_en_Auschwitz_LIBR12 12 22/06/2010 19:44:11

Ética es Física, pues no es sino la descripción estricta de los antagonismos humanos, de las relaciones de dominio o poder que entre sí mantienen los hombres. Estricta descripción, necesidad estricta, la Física. En Arato[5], poeta al que sin duda leyó Séneca, está clara la voluntad de descubrir la necesidad que rige los fenómenos naturales y fundamenta el pronóstico que permite la acción eficaz; su poema, dirigido a navegantes y campesinos, tiene un marcado carácter utilitario. Pero más allá de la utilidad que preserva al hombre que interpreta adecuadamente los signos divinos se adivina la transformación del hombre-Sujeto (de voluntad) en hombre-sujeto (a necesidad), el masoquismo cósmico de los estoicos, que se expresa en la Moral como «optimismo» utilitario, ¡vive conforme a la naturaleza!, *secundum naturam*, pero que también se expresa como absoluta necesidad, efectivamente, en la Física, y luego, más allá de esta, en la Metafísica, como destino, providencia e incluso suicidio. Las *Cuestiones Naturales* (*Naturales Quaestiones*) son el epitafio de la Metafísica y la Moral; «esa virtud a la que aspiramos es en efecto magnífica –confiesa nuestro filósofo–, no porque sea una dicha en sí estar libre del mal, sino porque libera el alma (*animum*) y la prepara para el conocimiento de los fenómenos celestes, haciéndola compartir la suerte de dios»[6]. La *virtus* es un suicidio en la razón, un disolver la pasión en el juicio, una desafección. Séneca no traduce πάθος con *passio* sino, en general, con *affectus*. El hombre (*homo*) es, según él[7], un compuesto de cuerpo (*corpus*) y alma (*anima*). Pero no estamos ante un dualismo antropológico al modo platónico, porque el cuerpo animado lo es todo (potencia, verdad) y nada es el alma descorporizada (impotencia, error). El cuerpo sufre dolor (*dolor*) cuando mengua su potencia, y siente placer (*libido*) cuando su potencia aumenta. Por su parte, el alma se expresa como afecto o pasión cuando no encuentra razón, pero

VITORES_Seneca_en_Auschwitz_LIBR13 13 22/06/2010 19:44:11

cuando el alma la encuentra se expresa entonces como juicio, *consilium* o decisión. El placer del cuerpo cuando el alma no ve la razón es *voluptas*, placer «irracional», voluptuosidad; pero cuando sí la ve, el placer corporal deviene «racional» y entonces es *gaudium*, alegría. Paralelamente: el dolor «sin» razón es miedo (*metus*) y «con» ella es *contemptus*, desprecio. La razón no pertenece al alma; en todo caso, ocurre justo al revés: el alma pertenece a la razón. La razón es dios, pues dios es *mens universi*, la mente del universo. Pero dios es todo. *Quid est deus?*, se pregunta Séneca. ¿Qué es dios? Y el metafísico cordobés contesta: *Quod vides totum et quod non vides totum*. El todo que ves y el todo que no ves. Esto es dios. Lo que está aquí y allá y más allá. Lo que está siempre, lo que no muere, lo divino, la razón. También en el alma opera siempre la razón, pero el alma puede no ver la razón que en ella opera, mistificándola. Así, cuanto más cerril es un hombre, más se imagina este que su alma lo transporta más allá de su verdadero poder (*potentia*), más se ensoberbece o enfurece sobre su inconsciencia, proyectando su acción fuera de su propia potencia. El alma de un hombre así padece mucho. Pero se trata de no padecer: se trata de que el alma asuma un poder, el del cuerpo, que está limitado por doquier. *Pusilla res est hominis anima, sed ingens res contemptus animae*. Lo escribe Séneca. Poca cosa es el alma humana, pero gran cosa es el desprecio del alma. Lo dice él. Reconocimiento del límite, asunción del poder que en todo caso ejercemos, reconocimiento del cuerpo y de su dolor también. Tal es la receta del estoico. Porque, cuanto más se hincha el alma o más *cree* que puede ella, más iluso se torna el hombre o más nada se hace, más Sujeto. La pasión es una falta de tono (τόνος escribían los griegos) en el alma, una sinrazón o locura, un «furor». El Sujeto es un «olvido», dirá mucho más tarde Heidegger, del ser, de la guerra, había

VITORES_Seneca_en_Auschwitz_LIBR14 14 22/06/2010 19:44:11

dejado dicho Heráclito, del antagonismo constituyente. El hombre –dice el sabio de la Selva Negra, en los *Caminos del bosque*– será devuelto a la verdad del ser cuando se haya superado como Sujeto, «esto es, una vez que deje de representar lo ente como objeto»[8]. Disolver el afecto en el juicio. ¡Abrir la Stoa! Libertad es «liberarse de las pasiones», dejar de padecer, amar el destino, querer la estricta necesidad, la providencia, obrar *secundum naturam*, saberse «soldado»[9] de un mundo que es perpetuo combate y *querer* obrar en consecuencia, como de hecho se obra. La comprensión de la lucha no nos libra de luchar, pero hace que luchemos «mejor», más conscientemente, aunque no con mayor eficacia ni redoblado poder; porque la razón, la *ratio*, que es en última instancia πόλεμος, guerra, tensa el alma, esto es, ajusta el deseo (*cupititas*) a una potencia que antes de dicho ajuste permanecía inconsciente mas no inoperante. La llamada «resignación» estoica no es mera resignación, y mucho menos es sumisión (a dios, la naturaleza o la razón), es asunción de nuestra acción: querer lo que en cada caso podemos y hacemos. Y aquí están las claves de la honestidad. Honesto es quien quiere lo que de hecho puede y hace, pero (¡ojo!) en la misma medida es también quien puede y hace lo que quiere. ¡El ideal del sabio! La Moral habla del deber ser; la Ética, del ser del hombre. Honesto es el hombre que quiere lo que hace; mas lo que hace el hombre no depende en absoluto de él. Tampoco es el destino lo que me espera, sino el eterno presente en el que vivo: la situación. Así pues, en lo referente al dolor y al placer, solo metafóricamente cabe decir que el hombre está en manos de la providencia (*providentia*) o del destino (*fatum*). Está en manos de la situación. A pesar de su voluntad (*voluntas*), el hombre no es *imperium in imperio*, un imperio dentro de otro. Sede de temores y esperanzas, el alma desquiciada –vale decir «la voluntad libre» o «el puro deseo»– (no)

VITORES_Seneca_en_Auschwitz_LIBR15 15 22/06/2010 19:44:11